

Una historiadora entre dos continentes: conversación con Clara E. Lida*

Abdón Mateos

A.M. Cuéntame cómo surge tu vocación de historiadora

C.L. Mi formación profesional tiene distintas etapas, sobre todo por haberme movido desde mi infancia de país en país, por exilios familiares y, luego, de adulta, por emigraciones personales. Mi interés por la historia empezó al volver a Argentina, a mitad de los años cincuenta, en un momento marcado por la revolución antiperonista de 1955. A los trece años empecé a leer mucho sobre historia y política. Al ingresar en EEUU en 1959 a la Universidad de Brandeis, después de vacilar entre la medicina y la psicología, conocí un mundo de los historiadores de las ideas, de origen centroeuropeo, entre los que destacaría a Frank Manuel y a Herbert Marcuse. Allí se había congregado un grupo continuador de la Escuela de Frankfurt y de historiadores de los socialismos. Mi interés por lo español no surgió entonces; en esa época estaba interesada por los pensadores marxistas de entreguerras. Con el transcurso del tiempo dirigí la mirada hacia España, interesándome por el marxismo en los años treinta. Una vez terminado el College tuve la posibilidad de estudiar la maestría en México. Esto supuso también entrar en contacto con muchos exiliados republicanos. En El Colegio de México no había estudios especializados sobre España y sólo se impartía el grado de maestría. Cuando llegó el momento de hacer el doctorado se presentó la oportunidad de ir a Princeton, con Vicente Llorens, como me lo recomendó Silvio Zavala, su antiguo condiscípulo en el Centro de Estudios Históricos, en Madrid, durante la segunda república, y alumno notable de Rafael de Altamira. Fue entonces cuando comencé a interesarme por los pensadores anarquistas. En esos años, en EEUU no se estaba tan lejos del macartismo y mis intereses resultaban demasiado políticos y radicales; en cierto modo, se veían como antinorteamericanos. En contraste con Brandeis, entonces más progresista y donde estaban los exiliados centroeuropeos, en Princeton el ambiente era conservador. Tenía que ir a contracorriente en una universidad entonces muy tradicional.

Tu vida transcurre entre Argentina, México y Estados Unidos. ¿Cómo vives la infancia y adolescencia a saltos entre tres países?

* Realizada en Madrid el 8-X-2003.

Ir de cultura en cultura fue dejando marcas, huellas, preguntas sobre las diferencias. Yo llegué a México a los cinco años. Mi padre tuvo que salir de Argentina en 1947, al comienzo del peronismo, por oponerse al régimen. Expulsaron de la universidad a un grupo de intelectuales en el que estaba mi padre. Entonces fue llamado por Alfonso Reyes, que presidía El Colegio de México. Recuerdo ese momento como algo angustioso. La salida de mi padre previa a la nuestra, el paso por el Departamento de Policía para obtener permisos y pasaportes... La llegada a un país como México, con códigos muy diferentes, me obligó a preguntarme los porqués de los contrastes. Esto creó una conciencia de la diferencia. Yo era una lectora precoz y voraz. Por ahí empezó mi interés por la historia, a través de la novela. Además, el mundo mexicano en el que se movía mi familia era un mundo muy variado, con mucha presencia de exiliados españoles y otros latinoamericanos. En El Colegio mi padre fundó el hoy llamado Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, colaborando con muchos de ellos. Oír de niña hablar mucho de la guerra civil fue dejando un poso en el que iba abrevando conocimientos y curiosidades. A los doce años fuimos a Harvard, donde mi padre había sido nombrado profesor. En la adolescencia se toma una conciencia del mundo mucho más amplia. Por ejemplo, en casa se comentó el golpe contra Arbenz, en Guatemala. En EEUU me chocó el juramento diario a la bandera y rezar el Padrenuestro en la escuela, ya que provenía de una familia exiliada, laica y nada patrioter. Al final yo no lo hacía, pero eso me creó la conciencia de ser diferente. Un año más tarde regresé a Argentina, en vísperas de la revolución antiperonista; recuerdo a los 13 años ver desde los balcones de la escuela los bombardeos sobre la ciudad...

Max Aub decía que uno es de donde hace la secundaria, por lo que el retorno a Argentina sería decisivo para ti

Argentina marcó en mí una apertura a la política. Por otro lado, la Argentina a la que volvía, y que no conocía por haber salido desde muy pequeña, era muy vital, muy plena de conferencias, teatro, cine, conciertos; resultaba muy deslumbrante. Tras la elección democrática de Frondizi, hubo una huelga estudiantil debido a que se revocaba la ley de enseñanza laica, admitiendo la educación religiosa. Yo participé activamente en el movimiento y tuve una creciente politización e interés por el pasado.

El retorno a México para el posgrado

Llegué en 1963, cuando Silvio Zavala era el presidente del El Colegio de México. Él estaba muy cercano a la historiografía francesa, y nos recomendaba a Braudel, Labrousse, los *Annales*. En EEUU ya conocía *Past*

and Present y la tradición anglo-germánica; en México encontré nuevos enfoques; por primera vez también me acerqué a la historiografía italiana: Venturi, Sereni, Cipolla... Aunque Zavala había destacado en la historia de las instituciones, al mismo tiempo estaba interesado en la historia económica y social. Tanto es así que mi primera investigación, publicada en la revista *Historia Mexicana*, fue un artículo sobre la producción de la sal en la Nueva España, en el siglo XVIII. Sus alumnos leímos mucho sobre economía. El Colegio tenía además una gran presencia de profesores extranjeros invitados: era cosmopolita y abierto a nuevas corrientes historiográficas.

¿Qué semblanza nos podrías hacer sobre los maestros del exilio español en México?

En 1963-1965 los dos maestros españoles más influyentes eran José Miranda y José Gaos. Miranda trataba, entre otras, la historia económica virreinal. Me parecía un hombre de personalidad seca, pero en reuniones y fiestas su trato cambiaba. Él nos acercó *ex cathedra* a la guerra civil y al exilio. Sobre España había publicado un trabajo breve sobre el primer liberalismo, pero no lo continuó. En El Colegio formó a varias generaciones de historiadores. El caso de Gaos era diferente, pues era filósofo y profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México; a raíz de una violenta huelga renunció a su cátedra y se refugió en El Colegio. A mi generación le dio un curso de Filosofía de las ciencias humanas. Tenía un don extraordinario de palabra, era deslumbrante en sus conferencias magistrales. Él contaba que eso lo había aprendido de Ortega, su maestro. Me acerqué mucho a él para hablar sobre España, sobre Ortega y la España de los años treinta. Me contó de su alejamiento de Ortega, a quien le reprochaba su impaciencia con la República, pese a haber sido tan paciente con la monarquía. Gaos fue de los primeros refugiados en concebir el exilio como un “trastierro” y no como una amputación, un destierro, lo que creó mucha polémica.

Esa actitud la encontramos también en Moreno Villa, pero no fue muy frecuente entre los círculos de los refugiados españoles

Gaos tuvo una visión a largo plazo. Vivir con las maletas preparadas impedía la tranquilidad intelectual, decía. No había que mirar solo hacia el pasado sino vivir plenamente en el país de acogida. Es uno de los pocos españoles que se dio cuenta pronto de que iba a ser un exilio largo.

Dado el interés tuyo por el estudio de la república y el papel del PCE, ¿cómo viviste las primeras aportaciones de los hispanistas anglonorteamericanos sobre el drama español?.

No tuve una instrucción formal en historia de España. Me formé en historia europea, pues en EEUU, como en México, España contaba poco. En el *college*, con Frank Manuel, que había estado en la guerra civil y escrito sobre ella, leí su libro y a Orwell, Borkenau, Hemingway... Las lecturas sobre España fueron más bien autodidactas. Uno de los primeros libros de historia que leí fue, en francés, el de Bruguera. Creo que se conoce poco en España, pero fue uno de los primeros intentos en el exilio por realizar una síntesis de historia hasta la guerra civil. También lo fue el de Ramos Oliveira, en inglés, aunque primero conocí su *Historia social y política de Alemania*. También leí el manual de Pierre Vilar. Fueron mis tres fuentes iniciales. En México hice muchas lecturas sueltas. Incluso Silvio Zavala me encargó para *Historia Mexicana* una revisión bibliográfica de lo publicado en México sobre España. Más tarde, al terminar los cursos de doctorado, cuando buscaba un tema de tesis, leí los libros más o menos recientes de Jackson, Thomas, Payne, Carr... Cuando terminé el doctorado y comencé a enseñar historia de España, en 1968, había poco publicado en inglés. Eran piezas sueltas de un tablero que se iba armando muy lentamente. Por entonces llegué a Nueva York Nicolás Sánchez-Albornoz y junto con Iris Zavala ideamos fundar la Sociedad de Estudios Históricos de España y Portugal, de la que fui secretaria general, ¡y que ya cumplió 35 años! Ahí se fueron reuniendo jóvenes historiadores hispanistas. El auge del contemporaneísmo anglo-norteamericano empezó realmente a partir de los años setenta. Pero el siglo XIX siguió siendo el gran ignorado.

El estudio académico de la guerra civil no estaba bien visto tampoco en España. Uno de los pioneros fue el relato de Gerald Brenan que buceaba en los antecedentes sociales de la guerra civil. ¿Hasta qué punto ese ambiente te llevó a bucear en los antecedentes de la guerra civil en la España liberal del siglo XIX?

A Brenan lo leí primero en el *college*, como la “mirada” de un conocido escritor inglés sobre la guerra. No se le consideraba historia, sino un testimonio literario y una reflexión de época. Lo revaloré cuando empecé a enseñar. Hay que recordar que lo tradujo Ruedo Ibérico en París, pero que en España entraba clandestinamente (igual que Jackson, Thomas y otros). Cuando en 1966 comencé mi tesis sobre el anarquismo español se había investigado muy poco; casi no había nada escrito, excepto las primeras obras de Termes y Casimiro Martí, centradas en Cataluña. Mi intención era

remontarme a los orígenes del marxismo, pero me fui dando cuenta que en España el anarquismo tuvo inicialmente mayor fuerza. Diseñé mi proyecto de tesis sobre la Primera Internacional, pero me fueron interesando sus orígenes, los primeros socialismos –nada estudiados entonces– hasta culminar en la represión de la Primera República y luego la Mano Negra. Fui hacia atrás, remontándome a los comienzos de la España liberal, isabelina, abarcando desde los años treinta hasta los ochenta; en realidad se trataba de un estudio de los movimientos revolucionarios españoles, que no se había hecho antes. Quería publicar la investigación en España. El manuscrito lo entregué a la editorial Siglo XXI en 1970 y estuvo detenido por la censura casi dos años. Lo censurado resultó un poco grotesco, pues dejaban pasar cosas gruesas y cortaban, a veces, algo secundario, intrascendente.

¿Cuándo llegas por primera vez a España, qué impresión recibes, ves un país marcado por posguerra o una sociedad transformada?

Mi primer viaje a España fue como veinteañera, en el verano de 1961: era una España triste, muy pobre y represiva. Vivir la dictadura me causó horror. Regresé como doctoranda, en la primavera de 1967, y me impresionó encontrar una sociedad que había comenzado a cambiar, pero muy lentamente, en la que todavía estaban vivos los recuerdos y sufrimientos de la guerra civil. En España entré en contacto con el grupo catalán que había realizado monografías pioneras sobre esa región... Yo preferí abrir el abanico, aunque me centré más en Andalucía, donde no había nada más allá del clásico ensayo de Díaz del Moral. El tema de la clandestinidad y la Mano Negra eran prácticamente desconocidos. Mi primer artículo sobre la Mano Negra se publicó en 1969, en la revista del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam. En los archivos españoles era imposible decir que investigaba el anarquismo; tuve que enmascarar los temas y acercarme usando circunloquios y eufemismos... En la práctica cotidiana existía la censura de bedeles y archiveros; aun así pude avanzar intensamente, pues mi tiempo era limitado y debía regresar a Princeton: fue muy difícil y trabajoso, pero fructífero. En esa época conocí a Tortellá, Anes, Martínez Cuadrado, a Álvarez Junco y a Maluquer, que comenzaban, a Fontana, a Nadal, entre otros. En general, eran historiadores jóvenes que renovaban la historiografía española. Desde Princeton, Tierno Galván me había remitido a Elias Díaz, Morodo y los socialistas del interior. Sentía mucha simpatía por mis amistades antifranquistas, con las que he mantenido largo contacto, aunque hayamos seguido caminos diversos. Aquellos eran momentos de cierta expectativa de cambio. Claro que ese mundo estaba muy alejado de mi investigación sobre el anarquismo...

¿Qué opinas de la decadencia del hispanismo contemporaneísta actual, dada tu vivencia de formación y actividad historiográfica durante treinta años en Estados Unidos hasta tu traslado a México al final de los años ochenta?

En las universidades de EEUU existe el lema de “publicar o perecer”. Pero también hay que enseñar varios cursos por año, lo que permite adquirir una cierta disciplina de trabajo y una gama amplia de conocimientos. Sin embargo, por mi formación y trayectoria no me consideré nunca, estrictamente hablando, una hispanista norteamericana. Enseñar durante veinte años Historia de España, desde la Edad Media, me permitió cierta familiaridad con el pasado español; pero también, dados mis intereses, he enseñado muchos cursos sobre América Latina y Europa, lo que influyó en mi visión más comparativa. Incluso he enseñado literatura y escrito sobre ella. No tuve una formación tan acotada como la del académico anglosajón. Por otro lado, mantenía contacto permanente con Iris Zavala, Vicente Llorens, Nicolás Sánchez Albornoz, Francisco Ayala y muchos colegas y amigos provenientes de otras tradiciones culturales... Dar un curso sobre Europa y otro sobre América Latina, sucesivamente, me obligaba a formarme continuamente en temas diversos y en una historiografía más amplia y rica. Aunque resultaba agotador, esa tensión permanente también me enriqueció.

Te autodefines como historiadora social, ¿cómo ves el estado de salud de este campo tan decisivo de la historiografía...?

Durante los años setenta, en España, se produjo un despegue de la historia social pero después de la Transición veo un nuevo auge de la historia política: aunque no deberían estar reñidas, a menudo lo están. Contrariamente a otros países, en España la historia social ha perdido terreno. Yo pertenezco al consejo de la revista *Historia Social*, que ha hecho una gran labor por mantener activa la disciplina. Incluso creo que ahora se está produciendo un renacimiento de este enfoque en las áreas más inesperadas. Por ejemplo, el estudio de la represión franquista también incorpora una historia más social y el interés por los represaliados. Pero creo que hoy el gran olvidado es el siglo XIX. Claro que mucho ha cambiado. La historia social ha dejado de ser una historia del movimiento obrero y se ha orientado a estudiar el trabajo y los trabajadores. También ha surgido la historia de las sociabilidades, de las mujeres, de los grupos populares, de las llamadas minorías étnicas, sexuales, etcétera, de los discursos y prácticas culturales. En la historiografía internacional hay interés renovado por el conflicto y las resistencias.

Para ti tiene el mismo valor la historia de las minorías, del género, ... ¿No crees que existe el peligro de abandonar temas tradicionalmente considerados importantes?

No sé si los temas importantes se abandonan o si se introducen nuevos enfoques. Se están abriendo temas como la historia de las elites, de los grupos de poder entendidos como colectivos sociales. Ya se estudian más las relaciones de y con el poder, los conflictos entre los diversos grupos sociales y dentro de ellos. Nada de esto es una pérdida, sino una ganancia para complejizar la reconstrucción del pasado. Yo misma me intereso mucho por los artesanos y los sujetos populares del siglo XIX, tanto en Europa como en Latinoamérica, que han sido poco estudiados.

El replanteamiento del objeto ha dado lugar a una crisis de la historia social...

No estoy segura: me parece un problema de España, pero no tanto internacional. Hay un nuevo renacer de estas temáticas. Gracias a Agulhon ha crecido el interés por las sociabilidades y sus espacios. Los historiadores del sudeste asiático, con el estudio de los subalternos, han abierto nuevas perspectivas en la historia colonial, descodificando el lenguaje de los dominadores y descubriendo los de la resistencia. Claro está que, aunque en los años setenta estuviera de moda el estudio del movimiento obrero, ello no significaba que no se hicieran muchas otras cosas. Ahí ya estaban los textos de Soboul, Rudé, Thompson, Williams y tantos otros, no siempre bien leídos en España. Yo regreso ahora al anarquismo andaluz con nuevos enfoques, pero he encontrado pocas aportaciones importantes. Hay que revisar los viejos temas con nuevas miradas. La historia del trabajo está ahora bastante abandonada en España. ¿Qué sabemos, por ejemplo, del mundo artesanal, de los oficios, en el siglo XIX? ¿Cómo es posible que sepamos tan poco de los trabajadores independientes o los asalariados al margen de las fábricas? Se habían abolido oficialmente los gremios y, supuestamente, los artesanos desaparecían, pero fue una realidad social que pervivió largo tiempo, hasta entrado el siglo XX. Yo creo que un problema de siempre en la historiografía española es ser un poco "insular" y que ciertos temas y enfoques que en otros países son importantes llegan despacio. Es cierto que vivir en México me permite y obliga a mirar en muchas direcciones: Latinoamérica, EEUU, Europa, incluso Asia... Es como estar en un crucero de muchos senderos historiográficos y de problemas sociales muy plurales.

Un tema que tiene que ver con la política hacia el pasado, es el estado de la historiografía mexicana y el debate sobre el pasado

más reciente de México. ¿Se está abriendo una historiografía sobre el poscardenismo?

Hasta hace muy poco no había habido acceso a los archivos más recientes. Se han cumplido treinta años de las masacres estudiantiles de 1968 y 1971 y apenas se comienza a conocer la represión durante los años de la “presidencia imperial”. Se están abriendo, hasta cierto punto, los archivos de los servicios de inteligencia y de Gobernación. La historia oficial ha sido algo omnipresente en México; se estudiaban los sexenios priístas, pero no las disidencias. Desde hace unos años se están trabajando los movimientos de derecha, los grupos democristianos, el Partido Acción Nacional, así como las izquierdas y su represión. Otros temas son la historia del Partido Comunista mexicano entre los años veinte y cincuenta, los movimientos sociales y las protestas. Un colega está estudiando las deportaciones de extranjeros, lo que permite atisbar cómo el sistema mexicano utilizaba el artículo 33 constitucional a lo largo de las décadas para deshacerse de los extranjeros políticamente indeseables. Son temas que están surgiendo ahora, pero que eran impensables hasta hace poco. La historia del siglo XX de México está aún por hacerse, pero ya comienza.

Otra gran área de interés tuyo es la historia de los españoles en México. Supongo que tu instalación en México te influyó por la necesidad de formar a estudiantes

En un principio, llegué al tema casi por razones autobiográficas. Mi interés académico comenzó cuando se preparaba el Congreso Internacional de Ciencias Históricas (CICH), en San Francisco, en 1975. El CICH propuso el estudio de las emigraciones internacionales y se me invitó a participar en un grupo que estudiaba las migraciones de Europa hacia América. Yo soy hija de exiliados pero también nieta de emigrantes: tuve una abuela gallega y dos abuelos de la Europa central, de tal manera que las migraciones eran algo cotidiano. En la Argentina no he conocido a nadie de mi generación que no tuviera un pariente inmigrante; en EEUU me sucedió algo semejante. Por otro lado, el hecho mismo de que mi familia hubiera sido exiliada y de habernos movido de país en país, me hizo tener conciencia de lo que significan los encuentros y desencuentros. Tengo un libro, *Inmigración y exilio*, en el que trato estos temas. Al radicarme definitivamente en México a fines de los años de 1980, busqué temas españoles que pudieran investigar mis estudiantes de posgrado. En este sentido, el estudio de la inmigración española me permitía integrar mis intereses ibéricos con la historia de México. Se trataba de estudiar la emigración, sus aspectos sociales, y cómo la sociedad mexicana la había recibido desde la independencia hasta el exilio republicano de la guerra civil, de 1936-1939.

El estudio de esas relaciones hispano-mexicanas no lo planteas solamente sobre el exilio sino desde un marco cronológico más amplio...

En 1979, al impartir por vez primera un curso de doctorado en El Colegio, propuse investigar el porfiriato, paralelo a la Restauración en España. En México hubo una emigración a cuentagotas comparada con el torrente que fue a la Argentina. Era un reto estudiar una migración tan pequeña y tan desconocida. De este trabajo con mis doctorandos resultó en 1981 el libro *Tres aspectos de la emigración española en México*, que fue el primero de muchos otros equipos de investigación que he dirigido; he cubierto diferentes aspectos de la emigración española hasta los años treinta. Luego, también me he centrado en el exilio republicano y las instituciones culturales que se crearon para recibirlo, así como las relaciones oficiosas de México con la dictadura¹.

Una obra admirable de veinticinco años formando equipos...

Estos temas han generado mucho interés, especialmente entre los jóvenes. También he mantenido seminarios y dirección de tesis sobre la historia social y del trabajo y de los trabajadores en el México del siglo XIX. Un libro reciente, en colaboración con Sonia Pérez Toledo, una ex alumna mía, se llama *Trabajo, ocio y coacción. Trabajadores urbanos en México y Guatemala en el siglo XIX*. También he publicado con un antiguo discípulo, Carlos Illades, una monografía sobre la influencia del internacionalismo europeo en los primeros pasos del anarquismo en México². Trato de mantenerme activa en estos campos, evitando encasillarme en un solo tema. También mantengo un interés por la literatura y he publicado sobre Galdós, Lazarillo, etc., y sobre cultura y literatura anarquistas; incluso, he publicado un libro de poesía.

¿Qué me puedes decir de los españoles en México?

Bueno, es un tema que, en lo personal, ya he dado por cerrado, aunque, claro está, seguiré incitando a otros a investigar sobre ello. Ahora dirijo

¹ LIDA, Clara E. (coord.), *México y España durante el primer franquismo. Rupturas formales, relaciones oficiosas, 1939-1950*, México, El Colegio de México, 2001; *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988; *El Colegio de México: una hazaña cultural: 1940-1962*, México, El Colegio de México, 1990 (en colaboración con J. A. Matesanz).

² "El anarquismo europeo y sus primeras influencias en México después de la Comuna de París, 1871-1881", *Historia Mexicana* (julio-septiembre 2001).

en el Colegio una colección titulada *Ambas Orillas*, sobre la historia de las relaciones hispanomexicanas, así como un Seminario Permanente España-México, que tiene mucho éxito. Lo que me interesa ahora es la historia social del trabajo, de las clases populares y de los movimientos sociales y socialistas; la protesta, la resistencia al autoritarismo, las luchas de los excluidos por participar plena, equitativa y libremente en la sociedad. Es cierto que en mis trabajos sobre migraciones y exilios también hay algo de eso.